

LA MOTIVACION EN LA PSICOLOGIA ANALITICA

Dr. JORGE GIRALDO ANGEL

“En toda actividad humana es la noción clara del fin a obtener lo que ordena la acción total, y cuando ésta falta no hay nada que pueda sustituirla”.

H. WORONIECKY.

1 — *Eficacidad anímica y libido*

Postulación fundamental de la psicología analítica es la de la *eficacidad de la psique*, cuyo tema dio lugar a una obra de gran aliento, publicada bajo el título de *Wirklichkeit der Seele*.

Afirma Jung en tal obra que “se podría calificar la idea de la realidad psíquica como la conquista esencial de la psicología moderna si fuese reconocida como tal”.

Con miras a captar el alcance significativo del título de la obra en su lengua original, y la afirmación transcrita, detengámonos un momento a considerar el aspecto semántico de las palabras del título de tal obra junguiana.

Efectivamente cuando reflexionamos, según el genio de la lengua alemana, en la significación de *Wirklichkeit*, traducida comúnmente a las lenguas latinas como “realidad”, pronto advertimos la distancia conceptual que separan original y traducción.

Al paso que la palabra alemana señala dirección hacia lo pragmático, o sea: “Eficacidad”, la española (latina) indica más bien adecuación con la cosa (res) y así decimos “Realidad”. O sea que la “eficacidad” es “realidad”.

¿Y de dónde procede la palabra alma? *Seele* (en alemán) nos dice Jung, y *Soul* (en inglés) proceden del gótico *Saiwatá* y del germánico primitivo *Saiwatô* que etimológicamente se asocia al griego *aidos* que significa movible, abigarrado, brillante, además *Saiwatô* guarda relaciones también con el eslavo *Sila* que significa fuerza. Estas relaciones explican el sentido primitivo de la palabra *Seele* (alma), como fuerza móvil o sea *fuerza vital*:

Todo esto nos lleva a pensar en el carácter verdaderamente dinámico del sistema anímico, tomado empíricamente así por la psicología analítica. Esta motilidad es su nota constante y esencial, si nos atenemos —al menos— a sus manifestaciones variadas.

Ahora bien: si queremos reducir empíricamente todas estas manifestaciones a un común denominador energético, como lo hace la física con relación a los fenómenos naturales, podemos hacerlo: Jung llama *libido* a la totalidad de la fuerza que une entre sí y hace latir todas las formas y actitudes del sistema psíquico.

¿Cómo *determinamos* su valor? Sencillamente por los *rendimientos* y efectos expresados por los procesos psíquicos. Se trata pues de un concepto heurístico que

no tiene otro alcance —al menos científicamente considerado— que el pragmático. Es como si dijéramos que la eficacia anímica o psíquica se valora por su libido expresada sin que podamos inferir de ahí —sin atender cuidadosamente los planos diversos de la realidad óptica— una identificación con determinados conceptos de la psicología racional, tales como principio vital, entelequia y otras similares.

Entendiendo así la energía psíquica como un concepto empírico, postulado heurístico de la actividad anímica en general, debemos también evitar identificarlo con el concepto físico de la energía, si bien guarda con ésta estrecha analogía. Tanto más cierto es ésto, cuanto que como lo señala el mismo Jung en diversos pasajes de su dilatada obra, *la psique forma un sistema en sí*, con plena y real eficacia por sí misma, independiente y autónoma, con sus propias leyes de gobierno y determinación. O sea que para la psicología analítica, la libido como energía de los actos y procesos anímicos, se regula por principios determinísticos privativos de su realidad óptica. Así en el plano de la conducta humana, *la psicología analítica advierte diferentes aspectos físicos y biológicos, históricos y sociales culturales, psicológicos y religiosos, en la determinación motivacional del ser humano*.

Precisamente, la psicología analítica por esta riqueza y complicación de su fundamentación teórica vino a ser denominada por el mismo Jung "*Psicología compleja*", no porque como lo suponen los ingenuos estudie "*complejos*", sino por la *pluritemática variadisima de sus métodos y principios doctrinales exclusivamente apoyados por la empiria clínica y experimental*.

Así la dinámica psíquica es concebida en primer lugar, como encerrada dentro de un sistema total (principio de la totalidad psíquica), y, en segundo lugar, como un sistema fundamentalmente libidinoso (principio de la energía psíquica).

El estudio del "*principio de totalidad psíquica*" nos enfrenta a los aspectos estructurales de la personalidad y por lo mismo no nos interesa por el momento; en cambio, el segundo principio es de enorme importancia para el asunto que traemos

Hemos dicho que la psicología analítica define la *libido* como energía psíquica o sea *como el valor que expresan los fenómenos anímicos*.

Esta libido comprende la totalidad de las fuerzas unificantes y motivadoras de la psique que se expresan sobre todo en los procesos de *especialización* creciente y *diferenciación* progresiva que caracterizan al ser humano.

Por esta razón, la psicología analítica *sin menoscabar el enfoque psicoanalítico del acaecer psíquico* —libido y morrido en la terminología de Federn— el cual se inspira en patrones mecanicistas tratando él de reducir ese acaecer a *relaciones de causalidad necesaria de índole histórica*, según leyes de constante y universal aplicación, gira en sentido opuesto el problema buscando llegar más bien que a una rígida y simplista explicación causal de la conducta, a una *compleja y rica comprensión simbólica de ella*. Así establece un *enfoque finalista* al concebir "el suceder como consecuencia de una causa, en el sentido de que las variaciones fenoménicas se basan en la acción de cierta energía que se mantiene constante a través de esas mismas variaciones y concluye por llevarlo entrópicamente a un estado de equilibrio general. La energía no es una substancia moviente en el espacio, sino un *concepto* abstraído de las relaciones de movimiento".

En este párrafo de Jung se destaca, con nitidez, una diferencia esencial de su concepción con el psicoanálisis freudiano. En efecto, el psicoanálisis *sustantiva* la libido al considerarla como el fundamento del movimiento, en cambio la psicología analítica la capta en las relaciones o nexos entre los "momentos" que señala el suceder anímico. Sin em-

bargo, *ambos puntos de vista son necesarios y complementarios* para la inteligencia del suceder y gozan de legítima aceptación dentro de sus límites respectivos, pues en verdad *no son sino aproximativos esquemas intelectuales* que indican fundamentales condiciones del conocimiento y polares actitudes disposicionales de la psique.

¿Cuál de ambas consideraciones —la mecanicista - causal o la energetista— final debe concitar nuestra atención? A este punto responde Jung: “Solo la *oportunidad*, es decir la *eficacia* puede decidir la preferencia que deba darse de una u otra concepción”. Es decir que aquí —como en toda psicología analítica, de cuna médica y de intención terapéutica— se impone el punto de vista pragmático.

Conviene advertir sin embargo, que la psicología analítica aunque opera con el concepto de “energía” común a las ciencias físicas, sin embargo le da un contenido significativo que impide la reducción “sin más” a la física. Esto porque lo “psíquico merece ser considerado como un fenómeno en sí”, no habiendo motivo alguno para reducirlo a un epifenómeno, aunque esté ligado con él y no de cualquier modo, sino como lo diría un escolástico, substancialmente a la estructura y función orgánica, especialmente cerebral.

Así con las anotaciones hechas podemos retener las siguientes proposiciones de Von Grot: 1º - Las energías psíquicas, no menos que las físicas, son cantidades y magnitudes; 2º - Son intercambiables, como formas distintas del trabajo psíquico; 3º - Pueden transformarse en energías físicas y viceversa (por mediación de procesos fisiológicos).

No sobra advertir empero que cuando hablamos de cantidades y magnitudes corremos el *peligro de identificar* dos materias fenoménica y operacionalmente distintas: las físicas con las psíquicas. Pero esta identificación confusa retiene sin embargo —con cierta legitimidad— una buena dosis de analogía conveniente.

¿Cómo es posible “medir” estas cantidades psíquicas? Hay algún medio, proceso o función dentro de nuestro sistema anímico que logre realizar esta medición?

Evidentemente el “modus operandi” está en la forma o intensidad como ciertos contenidos psíquicos aparecen a nuestra conciencia, la que se siente modificada por estos contenidos irruptores y ante los cuales ella toma determinadas posiciones que se traducen por movimientos sentimentales. Es decir que la energía psíquica tal como la reconocemos directamente, en el campo de la conciencia es una combinación de movimiento afectivo (sentimiento) y de actividad motivante (A. S. Gibb).

Este aspecto nos enrumba directamente al sistema de valores psicológicos que considerados subjetivamente, se presentan como apreciaciones estimativas de índole cuantitativo-energética. Pero no solo podemos reconocer *directamente* la energía psíquica por estas señales sino porque advertimos también diferencias entre las intensidades valorativas. No solo me siento “golpeado” por la visión de un cuadro célebre, por ejemplo, sino que además, siento que me “golpea” *más* —o menos— que otro con el cual estéticamente lo comparo.

Es claro sin embargo que en muchas manifestaciones primitivas —onto o filogenéticamente hablando— no se logran advertir estos factores, pero son fácilmente observables en las manifestaciones más especializadas y diferenciadas de la energía psíquica.

Muchas veces —en la reserva infinita de nuestras predisposiciones psíquicas— quedan retenidas considerables energías que no se “presentan” *hic et nunc* a nuestra conciencia. Se trata entonces de una energía predisponible, inconsciente o subconsciente - potencial que podemos llegar a actualizar. Así concebida la *libido* —como energía psíquica—, *sería la razón primera de todas las manifestaciones de la actividad anímica*. En ella encontrarían su fuente tanto los sentimien-

tos que impulsan a obrar como también las emociones oscuras que trastornan la vida psíquica. Pero solo podemos reconocer el carácter específico de esta energía cuando venimos a la conciencia de nuestros propios sentimientos y de la actividad que ellos suscitan (motivan).

Así pues tenemos *dos caminos viables directamente* para seguir las huellas de esta energía, sin tener que acudir a hipótesis cuestionable sobre su origen y naturaleza: 1º - Investigando los sentimientos que nos embargan y 2º - Advirtiendo su actividad en la motivación de su conducta.

Quedan ciertamente por fuera de nuestro campo mental importantes cargas energéticas *solo reconocibles mediante la exploración profunda analítica*, la que levanta la “*represión*” (Freud) de esa energía en unos casos, o hace asimilable en otros a la conciencia cierta “energía inmadura o indiferenciada” (Jung).

Esto lleva a considerar dos grandes regímenes de repartición de la energía psíquica, el uno dando origen a la *actividad dirigida* por el Yo; el otro a la *actividad autónoma* inconsciente. Pero los dos constituyen la actividad total de la psique. Estos dos regímenes, el consciente y el inconsciente, el yoico y el autónomo, tienen tendencia a obrar *compensatoriamente* con el fin de mantener el equilibrio dinámico no solo considerando los fenómenos en términos de *intensidad* sino también en términos *funcionales*.

Una mayor actividad consciente se despliega, por ejemplo, a expensas de la energía proveniente del régimen inconsciente y viceversa; y ahora hablando en términos funcionales, una mayor intelectualización conlleva generalmente un desmedro de la función sentimental.

Es decir que hay dos formas de la energía psíquica: una *actualizada* en los procesos conscientes y en las funciones diferenciadas y otra *potencial*, retenida en los procesos inconscientes y en la función indiferenciada. Ambas formas, en

total, siguen *aparentemente* los principios de equivalencia y de constancia de la energía —como en el terreno de la física— en cuanto fenómenos de conservación energética. Jung ha estudiado el “*principio de equivalencia*” especialmente en su obra “*Símbolos de Transformación*” inspirándose en los trabajos psicoanalíticos de Freud sobre la sexualidad, pero *evitando la reducción unilateral* de los fenómenos energéticos al “principio del placer”, reducción legítima si *solo* se trata de explicar la función del componente sexual en tales fenómenos, pero insuficiente —y por tanto ilegítima— cuando se enfoca la *función trascendente simbólica de la psique*. Esta función es discernible incuestionablemente —dentro de lo psíquico— en los procesos de diferenciación y especialización crecientes que sufren las estructuras psíquicas tanto ontogénica como filogenéticamente hablando.

Es aquí donde se hace necesaria la introducción —entre otros— del concepto de *adaptación*: la energía psíquica no solo se reduce a tener unos orígenes infra-orgánicos según el curso del pensamiento freudiano —sino que se encamina *también* al pleno despliegue de sus posibilidades evolutivas. Y ambos enfoques —el significativo causalista como el simbólico finalista— son retenidos dentro del marco doctrinal y metodológico de la psicología analítica.

Pongamos un ejemplo: *la fijación a la madre*. Esta fijación se puede considerar como un fenómeno regresivo significativo, si solo nos preocupamos por delimitarlo dentro del marco del “Principio del Placer”; pero si observamos también esa fijación como un fenómeno de adaptación, como un intento de solución para ulterior desplazamiento energético, entonces alcanzamos su sentido simbólico.

Esta antimonia interpretativa de la energía psíquica, traduce la realidad (eficacia) psíquica. *La lucha de los opuestos* principio magníficamente intuitido por Heráclito viene a ser la *ley dinámica fundamental de la psique*.

Esta lucha —agonía— de los opuestos discurre no simplemente como polaridades estáticas, sino como corrientes que *se encaminan hacia sus contrarios*: función reguladora de los contrastes que Heráclito denominó enantodromia (marcha hacia el opuesto).

Este principio de regulación de la psique, logrado precisamente por el conflicto entre los distintos momentos energéticos, señala el carácter profundamente activo de la vida psíquica, la que no encuentra nunca un equilibrio estático, sino dinámico. Dinamismo que en lo inconsciente de ella es conflicto (psicomacia diría H. Delgado). Y en la conciencia es esfuerzo integrador por parte del Yo. Es decir que la vida psíquica del hombre —y guardadas relaciones, la animal y aún vegetal— forma una complejión de opuestos, o sea un régimen de tensiones que luchan, se regulan o integran.

La lucha se nos presenta entonces como una función desencadenadora del proceso de autoregulación que permite la síntesis integradora.

A la primera función, que suele sucederse en lo inconsciente del hombre, la podemos considerar la “materia prima” de la puesta en marcha de la conducta. Allí imperan leyes tales como la del “todo o nada” característica de la respuesta fisiológica; las de la analogía extrínseca y subjetiva — de la confusión participativa en el sentido de Levy-Büchl propias del psiquismo primitivo.

En la “función integradora” debemos advertir dos planos de actuación, uno yoico, el otro *sélbstico*. En el plano yoico se hace la síntesis de la personalidad consciente tal como se presenta en el campo fenoménico mental. En el plano *sélbstico* se logra la síntesis de la estructura total de la personalidad en cuanto yo autoconsciente e intencional de su actividad profunda.

Allí donde antes estaba el oscuro y desconocido *selbst* el Yo debe afirmar su vocación auténtica. De esta suerte se alcanza la “Complexio oppositorun” o sea

la armonía dinámica de las polaridades constitutivas estructurales del hombre.

2. — *Nociones capitales de la energética anímica.*

Antes de abordar el estudio analítico de estas oposiciones psíquicas fundamentales energéticos — empíricamente hablando de la dinamia psíquica, consideremos algunas nociones capitales de la energética analítica: A - Progresión y regresión; B - Extraversión e introversión; C - Canalización de la energía; D - Formación de Símbolos.

A. — *Progresión y regresión*: Entiende la psicología analítica este par de conceptos en función del proceso de *adaptación* psicológica el cual se llevaría a cabo (nunca totalmente) en dos etapas a) por el establecimiento de la actitud, y b) por el perfeccionamiento de la adaptación mediante la actitud. No sobra señalar que la actitud envuelve una imagen de índole ideomotor que anticipa la acción, en una especie de esquema gnóstico propulsivo que predetermina la conducta.

La *progresión* sería el proceso por el cual la energía psíquica utiliza esquemas adecuados de adaptación según las necesidades ambientales; lo contrario o sea la utilización de esquemas inadecuados da lugar a la acumulación de la energía y por tanto a la ruptura de los pares de oposición. Esta situación desembocaría en una inversión del sentido de la energía hacia los fenómenos de disociación energética que caracteriza típicamente la *regresión* produciéndose así —finalmente— la desadaptación psicológica del sujeto.

Esta desadaptación obedece a una desvalorización creciente que va hacia estratos psíquicos cada vez más alejados del control consciente, o sea van quedando ellos más sometidos a la rígida anacasis de los automatismos desintegrados. De esta manera se va creando simultáneamente un campo dinámico mayor entre la conciencia desvalorizada y lo inconsciente coactivo. Por esta razón se

perturba el circuito funcional psíquico, especialmente en el sector conativo (de-seo-acción), traduciéndose en una falta progresiva de la adaptación.

Este desnivelamiento energético hacia lo arcaico e indiferenciado —como sucede también en los dinamismos biológicos potencializa procesos primarios (tanto en la esfera del pensamiento, como de la propulsión conativa) no solo de naturaleza hedónica (sexual en Freud) sino también mágica (prelógicos y pre-intencionales). Y lo que es más significativo, se puede despertar la actividad de ciertas *posibilidades* individuales y específicas que están en situación germinal (imágenes primordiales y estructuras arquetípicas). De ahí la eficacia del análisis psíquico que no solo hace conscientes estas posibilidades, sino que las inviste de energía, transformándolas en esquemas de conocimientos y de conducta (cognitipos y dinatipos). Es evidente que el proceso de adaptación requiere de la función organizadora y orientadora del Yo. Es decir que se cumple mediante una identificación maleable del Yo con su ambiente. Pero al así proceder habitualmente, el Yo no puede emplear sino una sola función elemental (sensopercepción, intuición, razón, sentimiento). Este empleo *predominante* de una función elemental por parte del Yo, lleva a tipificar el comportamiento adaptivo de un individuo, el cual mostrará —de acuerdo con las leyes de la evolución biopsíquica— una considerable diferenciación y especialización en esta área funcional, pero —por compensación— su antagonica y descuidada función llevará la marca de la inmadurez. Al presentarse un obstáculo más o menos serio a la función progresiva adaptiva, cualquiera que sea ella, se produce una regresión energética por la cual se inviste la función antagonica compensadora que se mantiene habitualmente por fuera del control yoico consciente; entonces se despierta su dinamismo funcional y el yo lleva su identificación hacia esta función con lo cual se pone en marcha el proceso evolutivo hacia la adaptación interna, obteniéndose una especie de

equilibrio con el cual se garantiza la integridad de la estructura psíquica total. Sin embargo del mismo modo como la unilateralidad de la función identificadora yoica con una de las funciones elementales lleva al proceso adaptativo con el mundo exterior, el cual —dada su complejidad— exige según las circunstancias, el empleo de esta o aquella función, unas veces la captación sensitiva, otras la reflexión cogitativa, por ejemplo; así también la *unilateralidad* de la función identificadora regresiva del Yo lleva al fracaso de la adaptación psíquica con su mundo interno.

En verdad *progresión y regresión son dos momentos dialécticos necesarios de la orientación adaptativa energética de la psique*, a los que Goethe hermosamente designó como *sístole y diástole*.

La progresión, afirma Jung, como proceso abierto hacia las condiciones ambientales, se funda en la necesidad vital de la adaptación. El imperio de la necesidad, continúa el maestro, exige la absoluta orientación hacia las condiciones ambientales y la represión de todas aquellas tendencias y posibilidades que están al servicio de la individuación (personalización dirá Baudouin)

La regresión precisa Jung, por lo contrario, como adaptación a las condiciones de la propia vida interior se basa en la necesidad vital de satisfacer la exigencia de la individuación (personalización).

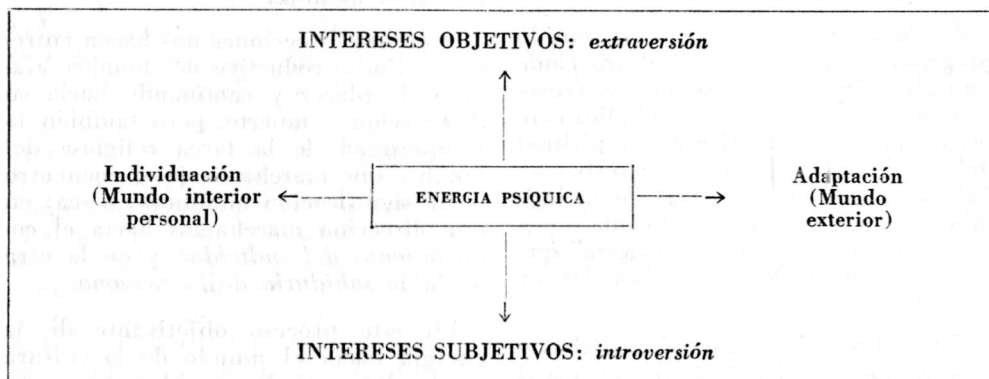
De esta manera resulta comprensible concebir el equilibrio energético de la estructura total de la psique como fundado en la adecuación funcional de la progresión y de la regresión o sea de los dos momentos adaptativos para consigo mismo (sí-mismo) y para con el mundo ambiental.

B. — *Extraversión e introversión*: La energía psíquica no solo se orienta *progresivamente* hacia la adaptación al mundo exterior, o *regresivamente* hacia la adaptación al mundo interior, sino que puede hacerlo *en función de intereses objetivos*, en cuyo caso se extravierte, o

de subjetivos intereses, entrando entonces en introversión.

Estos conceptos de introversión y extraversión definen los movimientos de orientación progresiva o regresiva de la energía psíquica. Y aunque son análogos no llegan a cubrirse totalmente pues una progresión energética por ejemplo, puede efectuarse según los intereses del objeto o del sujeto; y lo mismo pode-

mos afirmar de la regresión. Esquematazando cuanto hemos dicho podemos afirmar que la energía psíquica está al servicio de la adaptación-individuación según los polos mundo-exterior mundo-interior, entrando en juego intereses ya de índole objetiva (extraversión), ya de índole subjetiva (introversión), según la polaridad extraversión-introversión.



Bajo estos aspectos considerados, la energía psíquica se reconoce tanto en el dinamismo que tiende a orientar, o sea el eje individuación (adaptación interna) adaptación (externa), como en la actividad sentimental que se motiva según el eje extraversión (mundo objetivo) introversión (mundo subjetivo).

El equilibrio psíquico se alcanzaría dinámicamente es decir, en el momento de la integración de los movimientos energéticos — según el “principio de la armonía de los opuestos”, no simplemente de acuerdo con las necesidades de satisfacción placentera, en cuanto afecta a un ser físico — biológico, sino también — y al modo principal, de acuerdo con las necesidades de regulación existencial, que impone el despliegue de los dinamismos de adaptación.

Tal despliegue adaptativo se hace en función de la meta a alcanzar en el trayecto evolutivo, hablando para los seres vivos en general; pero refiriéndonos al

hombre, exige la orientación consciente del yo, transformando el trayecto en su proyecto personal. Tema que ha sido elaborado en algunas formas recientes expositivas de biología, como —especialmente— en analistas influenciados por la orientación antropológica - existencial y culturalista de la psicología profunda.

C. — *Canalización de la energía:* La psicología analítica entiende por canalización de la energía el proceso de transformación o conversión energética. En este proceso valores o cargas energéticas se desplazan de un contenido o función psíquicas a otro u otra respectivamente distintos.

El proceso natural infrahumano transcurriendo en régimen inconsciente, sigue su gradiente evolutivo natural, dando lugar a la aparición de fenómenos vitales que solo en un sentido muy amplio, pueden considerarse como el resultado de un trabajo producido por una “voluntad efectora”. Pero en el hombre —aunque

sometido a los determinismos infrahumanos— la energía es susceptible de transformarse según una intencionalidad consciente. Esta transformación da lugar a la objetivación de su espíritu, y por ello son consideradas como fenómenos espirituales, los cuales reconocen sus raíces tanto en la peculiaridad psíquica del hombre como en la cultura misma.

Pero es evidente que solo el hombre produce cultura y ésta a su vez humaniza y perfecciona al hombre

Así la energía psíquica —en sentido progresivo— mediante la cultura rinde un trabajo intencional consciente, proceso que expresa (significa simbólicamente) la naturaleza objetivante y espiritual del hombre; y en sentido regresivo señala la naturaleza compleja de la intimidad humana en la cual el trabajo psíquico produce toda una “imagería” que expresa la naturaleza simbólica del ser humano.

Esta polaridad: intimidad simbólica y objetividad espiritual, sirve de canal adaptativo de la energía y término de referencia de cualquiera de los desplazamientos yo-mundo, según las necesidades del momento dinámico equilibrados. — Pero su enjuiciamiento cognoscitivo es susceptible de una explicación significativa de tipo mecanicista o de una comprensión simbólica de tipo energetista.

La primera impera metodológica y teóricamente en el *psicoanálisis* ortodoxo; la segunda en la *psicología analítica* y en las escuelas de psicología profunda que de ella se han derivado, sin que se deje de tener en cuenta y de presente la explicación reductivo-causal.

D. — *Formación de Símbolos*: Afirma Jung que la máquina transformadora en la psique de la energía es el símbolo. Mas no se trata simplemente del símbolo cuya traducción se hace unilateralmente a una sola significación (interpretación semiótica) y al cual convendría reservarle el término de signo, sino aquel cuya riqueza significativa es dada *multilateralmente* de modo que nunca su explicación agota su contenido semántico. Su-

cede algo parecido a lo advertido por G. Marcel acerca de la diferencia entre “problema” y “misterio”.

Desde la explicación podemos afirmar que el hombre no es sino un manantial de *libido* y *mortido* con lo cual precisamos muchos fenómenos especialmente del régimen infrahumano; otra cosa comprendemos si enfocamos al hombre como nudo de energía simbólica, no solo por su significación sino por su ocurrencia en el hombre.

Y ambas direcciones nos hacen entrever el límite reductivo del hombre afanoso de placer y caminando hacia su destrucción y muerte, pero también la complejidad de la tarea religiosa del hombre que marcha hacia el encuentro de su significación numinosa; o sea: en una dirección marchamos hacia el *conocimiento del individuo* y en la otra hacia la *sabiduría de la persona*.

En este proceso objetivante de la energía hacia el mundo de la cultura —advertido por la consideración comprensiva de ella y la instrumentación finalista metodológica el trabajo psíquico alcanza —en primer lugar— el nivel *mágico* sea preconceptual simbólico, sobre la ruta de los *cognitipos*, sea prevolitivo ritual sobre la ruta de los *dinatipos*. Es decir que la energía brotando del seno de la naturaleza arquetipos del hombre, lleva a la formación de esquemas previos o categoriales del conocimiento y de la acción, a formas típicas de estructuración (Gestalt) tanto de la *gnosis* como de la praxis humana. Estos esquemas patronales — tan relevados ahora por la biología helística según la perspectiva de *Smuts*, como por las escuelas de psicología profunda ya citadas y por la psicología de la forma, aprovechan como estaciones de relevo y de cambio la energía psíquica, desplazándolas hacia zonas más o menos conectadas con ellos que se llaman los “complejos”, verdaderos núcleos y reservorios de la energía disponible.

Es conducente observar que trabajando Freud en la exploración del régimen

inconsciente, de modo reductivo, haya alcanzado el nivel de las pulsiones energéticas de índole sexual y—más tarde—agresiva; mientras Jung empleando el método experimental y el enfoque comprensivo haya destacado la importancia de los complejos dentro del trabajo psíquico y —más tarde— haya insistido en la importancia de formaciones estructurantes de la energía —arquetipos— cuya expresión forma el reino de la cultura. La primera forma llevó al conocimiento preciso del destino forzado de la libido; la segunda a la captación valorativa del destino adaptivo-individuante de la energía psíquica

De esta suerte, la libido freudiana (tanto del *Eros* como del *Tanatos*) así como la energía psíquica junguiana, hallanse encerradas incongruentemente en el cigote humano; llevándola a un estado de tensión dinámica entre la energía proveniente de su dotación físico-química, en donde encontraría su fuente —en análisis último reductivo— y la energía que se encarna en ese cigote, como un producto hereditario complejo, cuya expresión es la puesta en marcha del proceso de configuración orgánica y —específicamente— la creación individuante (en términos más precisos de la propia persona). Captamos así la “libido naturalis” en “status nascendi” como prefiguración energética del individuo sexual y mortal que el hombre es; pero también en “status configurantis”, la estructura dinámica que se lanza hacia el camino evolutivo de su propio proyecto desplegando la energía psíquica de su esquema de individuación.

Enfrentamos así dos energías la una *restrictiva* que empuja hacia el dominio de la pulsión —natura y la otra *abierta* y *extensiva* que avanza hacia la pulsión— cultura.

Aquí tocamos otro nivel de la actividad energética, o sea aquel que Jung denomina: “Espíritu in nuce”.

En este nivel de la actividad energética, aparece la imaginación (actividad psíquica por excelencia ya que sin ella,

no podría entenderse el espíritu como representación, ni especialmente, como eficaz configurador de la realidad), apuntando no solo a su pasado hedónico —agresivo, sino también anticipando su despliegue progresivo; o sea que se advierten los pares dinámicos orientadores del curso energético regresión— progresión tanto en el sentido freudiano, como también junguiano.

Esta relación dialéctica de la energía proveniente de la experiencia individual de naturaleza freudiana (hedónico-agresiva) y la proveniente de la herencia supra-individual, crea una tensión dinámica energética cuya expresión lleva a la conformación del destino, considerado como fuerza ciega e irresistible, según la cual el sujeto queda bajo el imperio anancástico del “principio de repetición”, factor estabilizante del proceso vital.

Pero esta anancasis corre sobre los rieles del determinismo biológico y del determinismo experiencial (de índole cultural) creando una necesidad repetitiva en el despliegue de la conducta. Sin embargo la herencia y la vida psíquica que allí tiene su asiento o al menos allí encuentra su modo de expresión, no solo aparece como un factor *estabilizante* del proceso vital, sino también como un factor de *variación*, dando lugar a un producto único y singular, habidas cuentas las nociones de tiempo y espacio —del ser vivo—. De esta suerte se conforman tensiones energéticas entre la herencia y la sexualidad como pilares de la expresión psíquica a nivel del régimen inconsciente. Y en el interior de esos pilares se advierten tensiones provenientes de su funcionamiento interno y de su estructura íntima. Las tensiones funcionales y estructurales sexuales —se disponen según el par actividad (agresividad) pasividad; y las hereditarias según el eje estabilización— variación.

Las tensiones energéticas determinan —ciñéndonos al plano psíquico— la anancasis repetitiva de la conducta, que no impide paradójicamente la aparición simultánea de cierta elasticidad confi-

guradora mediante las facilitaciones o canalizaciones energéticas, al desplegar-se el mundo de la cultura, obligando al hombre a un continuo proceso adaptativo en el cual resplandece el *ímpetu creativo*.

Así estas tensiones energéticas: Organismo y mundo: libido sexualis-agresiva y libido numinosa (numido), cierran el círculo adaptativo del individuo —persona— mundo y hacen resonar los principios constitutivos de la actividad humana: materia y espíritu. El conflicto abismal entre las polaridades descritas darían marcha a la dinamia inerte (sistólica) regresiva y a la evolutiva progresiva (diastólica) de la energía psíquica, según el aforismo del viejo Heráclito: “La guerra es el padre de todas las cosas” Así en la tensión conflictiva de la energía psíquica se encuentra —según la psicología analítica— el *primum movens* de la actividad eficaz y real del alma (*Wirklichkeit der Seele*); y al mismo tiempo la posibilidad humana de su equilibrio nunca perfeccionado y siempre abierto hacia su personalización.

El momento dinámico se acentúa sobre la *libido freudiana* durante años de la edad inmadura en que el “principio del placer” tienen primacía, conduciendo paulatinamente al sujeto humano a una creciente adaptación, gracias a la resistencia ofrecida por el mundo ambiente; pero luego — en la segunda mitad, se acentúa el momento energético sobre la *libido junguiana* en que el “principio de individuación” ejerce un particular efecto interior; gracias a la resistencia interna ejercida por el mundo interior para no continuar siendo relegado él en su propia casa.

En el primer aspecto, la libido se encausa normalmente hacia las metas de profesión y matrimonio; en el segundo hacia el sentido de la propia existencia y su posición ante la enfermedad y la muerte, temas que ha estudiado especialmente Szondi y su escuela. En efecto estos son los grandes tópicos de la temática del destino humano y en ellos la ener-

gía amímica ejerce influjo prácticamente decisivo.

Por ello no cabe extrañarse que sea el fuego, símbolo de toda esa realidad; de la doctividad física; de la natural y vital; de la pasión ardiente; sexual o numinosa; y también de la destrucción y consumación; de la energía mutable y de lo transfenoménico. En el centro de todas las cosas él infunde vigor y bríos al yo y al mundo.

3. — *Sentimientos motivadores*

En la primera parte de nuestro estudio dijimos que podríamos descubrir la energía psíquica según aparece en el campo de la conciencia —como una combinación de movimiento afectivo (sentimiento motivador) y de actividad motivante.

Hemos allí desenvuelto el segundo aspecto, o sea el de actividad motivante; debemos ahora entrar al estudio del movimiento afectivo que aprehendemos como “Sentimientos motivadores”.

Es un hecho empírico que la vida afectiva se dispone bipolarmente: junto a un aspecto positivo aparece el correspondiente negativo, quedando al Yo la posibilidad de acentuar su tarea identificadora, sobre uno de los rieles por los cuales transita la vida energética afectiva.

Pero no sólo esta bipolaridad alcanza este sector psíquico, sino que se extiende como factor común, tanto estructural como funcional, en toda la psique.

Así lo comprendió, desde el principio Bleuler, al hacer el estudio de la *demenia precoz*, plasmando con esa ocasión el concepto —desde entonces ilustre— de *ambivalencia*. Sin embargo, aunque descrito psiquiátricamente en los sectores afectivos, volitivos e intelectuales, el concepto ha venido a circunscribirse a los primeros, de suerte que se le define como la energía emocional de doble carga — positiva y negativa que varía simultáneamente en la mente.

Pero lo más notable es que esta bipolaridad energética no solo es advertible en la enfermedad citada como un síntoma primario de ella, sino que *se extiende su aplicación a todo el dinamismo psíquico* tanto normal como anormal, entonces se habla de *ambitendencia*.

Sobre estos hechos tal como la empiria psiquiátrica y psicológica los ha descrito, la psicología analítica apoya su concepción dialéctica sobre la estructura y función de la psique; pues la *ambitendencia* sería un caso particular de la dualidad psíquica fundamental que se encuentra en todo fenómeno psíquico.

Del estudio de la *ambitendencia* en el sector afectivo, y según el cual se dan pares de afectos y sentimientos en la motivación de la conducta, conformando la noción de *ambivalencia*, se advierte toda una energética afectiva que pone en acción, por su carácter mismo, la estructura psíquica. Esta *ambivalencia* traduce el conflicto íntimo, la guerra profunda, que libran los pares de oposición afectivo-sentimental para obtener el dominio de la actividad psíquica, lucha que alcanza el núcleo de la vida inconsciente y que se traduce por tonalidades y movimientos variados en la vida consciente, cuyo sentido sería compensador a ella (Principio de compensación auto-reguladora de la psique).

Esta lucha de los pares de oposición en búsqueda de senda satisfacción, como sabiamente lo anotó Freud, se entabla en dimensiones energéticas de intensidad, en el momento en que se entraba su orientación hedónica.

El entramamiento puede venir de la censura externa que ejerce el mundo objetivo; pero también de las fuerzas opuestas que vienen del mundo interno. Debemos considerar así mismo la fuerza constitucional hereditaria de cada una, así como la orientación que toma cada una de ellas dentro del juego de la estructura psíquica en el proceso de adaptación-individuación.

En estos términos el conflicto depende de *factores inconscientes* sean de ín-

dole genético —hereditario, sean de orden cultural o situacional, yoicos represivos, y también, de la *dirección de la identificación yoica*, la cual puede estarse desarrollando unilateralmente. Así por ejemplo, un yo que solo se identifica con los sentimientos positivos de amor a otra persona, pone en tensión energética los sentimientos opuestos, que pueden irrumpir no solo por caída de la represión, sino por fatiga de la identificación yoica, con las características opuestas a las dos, o sea como sentimientos reprimidos de carga negativa, y como sentimientos inidentificados yoicamente de tipo indiferenciado — inmaduro.

Estos aspectos de la defensa y de auto regulación psíquica aparecen como opuestos funcionales yoicos, complican la situación de la *ambivalencia*, hasta el punto que no podemos sino señalar el fenómeno, cuya descripción y valoración, se hará en otro lugar. En todo caso ponen en evidencia el hecho de que *la motivación psíquica transcurre por el eje móvil-motivo, o sea de lo biológico —pulsivo inconsciente hacia lo yoico— volitivo consciente*.

Es decir que la estructura psíquica continuamente está produciendo en el régimen inconsciente, energía movilizante muy indiferenciada la cual es canalizada, regulada y dirigida en el régimen consciente hacia metas diferenciadas, mediante la tarea del yo motivador. Esta prospección motivadora de la energía hacia metas crea una contracorriente que trata de oponérsele a fin de no perderse el equilibrio de la estructura; entonces *es posible la aparición de móviles tanto más inmaduros cuanto más diferenciados fueren los motivos*.

En virtud de este doble juego de la energía desde el móvil afectivo instintivo hacia el motivo razonado yoico y viceversa, se establece una tensión psíquica que posibilita el trabajo de la estructura anímica. De suerte que hay un equilibrio inconstante permanente y fluctuante. Esta tensión se ejerce no solo

sobre los contenidos afectivos positivos y negativos, dispuestos en pares tendenciales de oposición, sino también sobre las estructuras funcionales en actitud de introversión y extraversion tanto progresiva como regresiva, según lo señalamos arriba. Así por ejemplo un sentimiento maduro de amistad abierta que caracteriza a la persona cordial y feliz, se acompaña —como de su sombra— de un sentimiento inmaduro y egocéntrico de aceptación y cariño. El motivo de altruidad social conlleva el móvil de egocentricidad tierna. El primero puede desenvolverse a la luz clara del régimen consciente, en cambio el segundo se desliza por entre los planos oscuros del régimen inconsciente, dando lugar a confesión de desinteresada generosidad cuando existe una inconfesada o no reconocida actitud interesada de avidez afectiva.

El yo se identifica positivamente con su apetencia social y despliega todo el magnetismo de que es capaz; pero reprime al mismo tiempo su urgencia individual, la cual puede colgar gracias a la proyección subsecuente, sobre el miembro de su círculo de amistados, en quien se operan dinanismos que hagan propicio el soporte de la proyección.

A primera vista puede pensarse que la proyección estaría al servicio —entonces de los móviles del régimen inconsciente; puede afectar empero a los motivos del régimen consciente, especialmente cuando éste no alcanza una suficiente fuerza identificadora. Este aspecto lo expondremos mejor al tratar acerca de la “función trascendente”.

Con base en estas consideraciones un discípulo de Jung, ha podido plantear la siguiente hipótesis.

“En la psique de todo individuo parece posible encontrar una fuerza motivadora diametralmente opuesta al sentimiento consciente, excepto en el caso de que la fuerza motivadora psíquica pertenezca a un símbolo trascendente”. Esta proposición debe mantenerse como instrumento útil en la exploración psi-

quica de la motivación y se completa con la siguiente. “El poder psíquico unitario y único de un símbolo trascendente, constituirá en el curso del tiempo, la fuente de fuerzas psíquicas opuestas” (A. S. Gilb: *In Search of Sanity*).

Estas hipótesis de trabajo significan cuán importante es vigilar continuamente los sentimientos (móviles) opuestos a aquellos que ocurren como motivos en el campo consciente, para estar listos a reconocerlos en la tarea analítica; y en lo que atañe al símbolo trascendente, observar el posible desmantelamiento que él puede sufrir, dejando en liberación sentimientos motivadores de opuestas y contradictorias valencias.

Tomando pues los sentimientos como los factores energéticos que constituyen las fuerzas motivadoras de la actividad psíquica; factores que aparecen como pares de oposición energética, haciéndose necesario que entren en una disciplina de organización e integración para el mantenimiento del equilibrio psíquico.

Esta disciplina organizadora e integradora es alcanzada por el despliegue funcional del Yo el cual estructura racionalmente —según su índole natural constitutiva —los factores energéticos sentimentales, ya que puede tanto analizarlos (es decir descomponerlos en sus elementos psíquicos; tendencia, afecto, intencionalidad), como también ajustarlos en el papel que deben cumplir en la tarea personal. De no ocurrir así, sería imposible educar al hombre, si por educación entendemos algo más que un condicionamiento reflejo, como una pauta de amaestramiento, y señalamos más bien la promoción de las mejores posibilidades del ser humano.

Mediante el análisis yoico de la actividad psíquica en el plano afectivo-sentimental, se logra reconocer conceptualmente — tomar conciencia la energía movilizada, y se abre las puertas a que el Yo asuma una posición identificadora, precisa, encaminando la energía a metas racionales.

Estos dos aspectos han sido claramente estudiados dentro del marco de la psicología profunda por Szondi y su escuela (Cfr. Ich-analyse Hans Huber, Bern 1956).

De no gozar de tales funciones yoicas, el ser humano sería un autómatas a merced de estos estímulos momentáneos provenientes de impulsos internos, o de excitaciones del mundo exterior. El ajuste social y cultural impone que el hombre controle su reactividad y este control no solo es *represivo* sino también *directivo*.

Analizando estos dos momentos del trabajo yoico en el dominio de la motivación, advertimos una tensión energética proveniente de la diferente dirección y sentido de la energía motivadora; pues si por la *represión* (entendiéndola aquí como contraidentificación consciente e inconsciente) el yo aparta del régimen consciente determinados sentimientos motivadores reduciéndolos a móviles oscuros inconscientes e indiferenciados; por la identificación monotendente de la racionalidad volitiva, se encamina hacia un propósito, movilizándolo así la energía a la categoría de los motivos, propios del régimen de la conciencia.

Este doble trabajo del yo en la línea represión — identificación yoica, da lugar a la conformación de ciertos nudos energéticos que tienen particular importancia en el ámbito de la psicología analítica, o sea a los “*complejos autónomos*”.

Al régimen consciente pertenece el complejo autónomo yoico; al inconsciente todos los demás que formando una especie de “*personalidades menores*” dentro de la estructura psíquica, se manifiestan con caracteres uniformes en la vida anímica del ser humano, como sectores de la personalidad que escapan a la actividad integrativa (a la función trascendental) del yo.

Por esta autonomía de diferentes sectores de la personalidad con respecto al monarca yoico, se establece una lucha permanente que puede llevar a una feliz *integración* por medio del trabajo

de individuación (Yo sélbstico), o a una *disociación* que puede marcar el comienzo del proceso esquizomorfo.

Es decir el yo trabaja según la línea de la motivación organizadora que lo lleva a una feliz integración de los complejos infraestructurales, de naturaleza autónoma que forman con él la totalidad de la psique, satisfaciendo así las necesidades creadas en el despliegue de la adaptación — individuación, o falta de energía motivadora suficiente, débil en su constitución íntima, sucumbe a la gravitación de los complejos autónomos infraconscientes (animus - anima - sombra-selbst, persona) entrando en el caos de los móviles que opera el mundo de lo primitivo (automatismo, hedonismo) y arcaico (magia analogismo externo).

Y esto último sería inexorablemente el destino yoico, si no contara en su favor con la posibilidad de fortalecerse mediante el empleo de la *función de trascendencia*, la cual lleva a la integración no solo del conocimiento, sino también al de la motivación en el despliegue de la actividad personal.

4. — *Factores psicológicos que motivan la conducta*

Antes de abordar el tema de la función de trascendencia que hemos citado ya varias veces, y los ulteriores desarrollos logrados en el ámbito de la psicología analítica, por la riqueza y complejidad teórica de considerar los hechos empíricos que son su base, entremos a considerar particularmente algunos factores de importancia psicológica en la motivación de la conducta.

Sea lo primero señalar el *artificio metodológico* y conceptual de índole epistémico y óntico, de separar lo biológico de lo psíquico. En realidad, si superamos el dualismo cartesiano de la *res extensa* o material y de la *res cogitans* o psíquica, cuando nos referimos al hombre y a su conducta, entonces obtenemos, quizás, una visión más integral, más holística, según ahora se gusta de-

cir, del problema. No son pocos los psicólogos que fundamentan sus hipótesis sobre bases biológicas lo cual no debe significar confusión metodológica, —cada una se mueve bajo particular razón formal de enfocar el problema, pero si tienen las dos un mismo objeto material, si nos atenemos al lenguaje aristotélico.

Pues bien: entre los factores psicológicos que condicionan la conducta son *los instintos (Trieb) las principales fuerzas movilizadoras del acontecer psíquico*.

Aunque evidentemente podemos extender dentro de un marco empírico-real, la función vital al mismo ámbito de lo psíquico, modificando solo el ángulo de consideración conceptual y sus resultados teóricos, parece más conveniente conservar el concepto psíquico a los acontecimientos evolutivos más diferenciados que se condicionan por la aparición del sistema nervioso.

Es evidente que este sistema nervioso aparece en el hombre con una complejidad extraordinaria, lo cual dificulta la recta intelección del papel que juega dentro del marco de la conducta. Pero esta imbricación sistema nervioso-psíquico es una hipótesis más cercana de los hechos empíricos que el de la vida en general-psíquico. Jung considera así que el carácter anancástico del instinto (trieb) o mejor pulsión, tiene el carácter de un factor ectopsíquico. Sin embargo él es importante porque conduce a la noción de “*esquemas o patrones de comportamiento*” que se pueden considerar condicionantes determinológicos de la conducta. Bajo estas circunstancias lo inmediato en orden a la determinación, no lo constituye propiamente este factor ectopsíquico, como estaríamos tentados a sostenerlo, sino “la estructura resultante de la interacción entre la actividad pulsional y la situación psíquica en cada instante”. Por tanto es fácil concluir que en cuanto atendemos el costado factor determinante, biológico del problema, es el instinto-pulsión, pero *modificado*. Compara Jung esta mo-

dificación a lo que sucede en la visión entre el color que vemos y la longitud de onda que es el estímulo de tal sensación, o sea que la pulsión, como factor ectopsíquico sería un estímulo y en cambio como fenómeno psíquico, sería la asimilación de este estímulo a un patrón o estructura previa de índole psíquica. Esto sería lo que llama el maestro: *psiquización*.

Este concepto de “*psiquización*” permite advertir dos elementos muy importantes que entran en la pulsión: por una parte el *elemento anancástico*, repetitivo, y fatal, y por otra parte, el *elemento creativo*, modificado, nuevo. Por tanto, hablando de pulsiones en el hombre como factores determinantes primordiales de la movilización de su conducta, los encontramos con una riqueza infinita de variaciones y transformaciones, debidas precisamente a este proceso de “*psiquización*”. Así, por ejemplo hablando de la pulsión oral, la encontramos desde su anancástica y biológica forma indiferenciada como sería el afeerramiento al soporte (roca, árbol, animal, madre), y en grado más evolucionado como *erotismo oral* (pregenital según Freud), hasta las formas más diferenciadas y humanas de apegamiento, y de aceptación personal. O sea que mediante esta “*psiquización*”, la pulsión indiferenciada y anancástica se transforma en una polifonía evolucionada y fina donde se pierde —casi totalmente— el carácter biológico que tenía, adquiriendo *maleabilidad* suficiente para el despliegue del tema identificador volitivo libre (el cual parece, según el mismo Jung, depender de la pulsión reflexiva).

La *psicología analítica* distingue cuatro grupos de círculos pulsionales: 1. La pulsión de *conservación*, cuya expresión más característica es el hambre, servida especialmente por un aparato totalmente diferenciado en el hombre: el aparato digestivo; 2. El círculo *sexual* cuya expresión más relevante es el apetito sexual o libidinoso, servido por aparato muy diferenciado y especializado en el hombre; el aparato sexual o genital;

3. El círculo pulsional *activo* que se pone al servicio de la conservación individual o específica, según las necesidades urgentes de los primeros círculos, servido también por aparato altamente diferenciado en el hombre que es el muscular estriado; y por último, el círculo pulsional *reflexivo* cuya expresión más notable es —precisamente— el proceso de “psiquización” mediante el cual el hombre transforma las pulsiones anancásticas en pulsiones diferenciadas y evolucionadas, y se muestra capaz de encontrar nuevas formas de adaptación exitosa por fuera del marco de lo simplemente natural o infraconsciente. Este círculo pulsional está servido por aparato especial muy diferenciado y complejo en el hombre, que es el cerebro; debemos incluir una actividad que si bien no corresponde exactamente a la noción de pulsión, sin embargo, bajo ciertos aspectos se comporta como tal y es “*la creatividad*”, que si bien aparece similar como factor psíquico a la pulsión no se identifica totalmente con los tres primeros círculos y guarda estrecho lazo con el cuarto, pudiendo operar sea de modo positivo y constructivo o de modo negativo y destructivo.

La *psicología analítica* no se considera empero satisfecha con evaluar los factores pulsionales como factores determinantes de la conducta humana, pues atiende también al *factor volitivo*, si bien es consciente de los especiales problemas que plantea este factor, cuyo estudio va parejo con las investigaciones antropológicas de índole filosófica. Y aunque sabe que tal factor es valorado según el particular acento filosófico que se le da dentro del mundo científico, ya que si la consideramos *libre*, entonces no es susceptible de ser tratada con los métodos imperantes de la ciencia empírica positiva contemporánea, pero si se la considera como predeterminada y dependiente —dentro de una relación significativa de causalidad— de las pulsiones, aparece como una función de secundaria importancia, algo así como un epifenómeno psíquico.

Siguiendo a un discípulo de Jung, el doctor A. S. Gibb, *podemos afirmar que la voluntad*, dentro de la psicología analítica, *aparece como aspecto importante de la función de identificación, mediante la cual el yo apelando a su función transcendente, orienta su energía integradora hacia un particular sentimiento o afecto que concurre en su campo de conciencia*. Muchas veces puede ocurrir que la identificación no se haga simplemente con un sentimiento o afecto, sino más bien con un complejo afectivo, y que esta identificación siga los cánones del habituamiento o costumbre. En tal caso, según que sirva a los intereses de adaptación e integración, podemos pensar que se trate un proceso o función yoica, o más bien, de una actividad autónoma no dirigida, y por tanto no volitiva. Además, de los factores pulsionales y yoicos mencionados, debemos tener en cuenta otros que no teniendo la misma importancia dinámica, matizan ciertamente el funcionamiento psíquico en cuanto *factores de modalidad* (sexo, edad, raza, familia), vehiculizados en el patrimonio *hereditario*. Ellos pueden sufrir el proceso de “*psiquización*” del mismo modo que los factores dinámicos pulsionales. Así, por ejemplo, la edad de un sujeto no es garantía suficiente para establecer su nivel de maduración.

La herencia como factor de modalidad —en cuanto ella no condiciona los factores pulsionales o sea los determinantes principales de la conducta— debe deslindarse, al menos teóricamente, de las experiencias precoces de la infancia, área ésta muy difícil, si no imposible, dado el carácter de urdimbre con que se anudan y sellan los factores hereditarios y las remotas, tal como lo revelan los estudios psicoanalíticos de la escuela Suiza, así como el mismo Jung: *mucho de lo que se interpreta como hereditario se debe a una especie de “contagio” psíquico que consiste en una adaptación de la psique infantil a la de sus padres*.

A estas tres modalidades que evidentemente aparecen condicionadas por lo *biológico*, debemos agregar otras que son *más propiamente psicológicas*, a saber: a) el funcionamiento de la estructura total de la psique (o sea de la personalidad); b) la actitud predominante de la identificación yoica; c) la filosofía concreta o existencial y una cuarta que me permito agregar personalmente: la actitud práctica ante la pena de cada día, y la tarea de cada hora.

A la primera modalidad psíquica pertenece el grado de conciencia, el nivel de operación mental (factor éste que se liga con la inteligencia, pero que implica también el esfuerzo conativo e intencional y el empuje afectivo) con que trabaja cada ser humano. Así la falla total produce un estado en el que se libera totalmente la actividad orgánica dentro de los esquemas reflexológicos primarios o naturales. Mediante estos esquemas, se garantiza el funcionamiento orgánico individual dentro de un nivel puramente vegetativo; o sea: aparece nítidamente el aspecto "natural" del comportamiento, de base fisiológica de las actividades denominadas "automáticas" o instintivas, cuya cadena ha sido denominada *reflejo*.

En contraposición a este tipo de comportamiento, obediente al "principio de repetición", y cuya instancia psicológica sería "el autómatas" (Ch. Baudouin) estaría el comportamiento libre, obediente al "principio de autonomía" y cuya instancia sería el Sí mismo o sea la persona (Yo *selfístico* transcendente). Pero si advertimos hondamente en la significación de esta polaridad necesidad automática — libertad autónoma o personal, pronto caeremos en la cuenta de que si en verdad se establece una dialéctica entre inconsciente-consciente, deben distinguirse, a su vez, otros movimientos dialécticos que están en el interior de la distinción hecha a saber: 1. ausencia de conocimiento contra conocimiento pleno y autoreflexivo; 2. necesidad coartativa contra despliegue personal volitivo y libre; 3. inercia de-

sintegrativa contra progresión diferenciadora personal.

El estudio particular de estos tópicos se expondrá quizás —en otro artículo especial. Pero no sobra advertir aquí dentro de estas dialécticas especiales en el interior de la polaridad necesidad coartativa (*zwang*) y libertad, quedan incluidas las instancias freudiana (yo, ello, superyo) sino también las junguianas (sombra, animus-animas, personaje, sí mismo) y se agrega la introducida por C. Baudouin, fundamentada sobre el principio de repetición y llamada *el autómatas*. De suerte que según este maestro, tan competente en el campo del *psicoanálisis* como en el de la *psicología analítica*, la estructura de la personalidad, en la perspectiva de la psicología profunda, constaría de siete instancias, cuya delimitación y sistematización fenoménica y teórica ha llevado a cabo, como objeto de su dilatada obra científica.

b) La segunda modalidad sería la actitud de identificación yoica sobre la polaridad introversión-extroversión. Su estudio ya lo hicimos.

3). La tercera modalidad se constituye por la manera peculiar existencial como cada ser humano enfrenta la significación del mundo y de sí mismo. Es decir está formada por la "imago" mundo, en cuanto forma del encuentro simbolizante yo-mundo. Esta peculiar manera de constituirse la "imago mundo" concretiza el enlace entre la actividad endopsíquica y la actividad extrapsíquica de la persona como una especie de *categoría psíquica* o de patrón de comportamiento, viniendo a ser así *dispositivo importante en la motivación* de la conducta. Evidentemente tanto la "imagen del mundo" como representación objetivante, así como expresión subjetivante, se debe re-interpretar continuamente, ya que si el mundo como objeto nos orienta hacia las hipótesis explicativas y cambiantes acerca de la materia, el mundo como "imago mental" nos lleva hacia la fenomenología del espíritu y hacia hipótesis

comprendidas que tratan de abarcar al hombre y su conducta. Esta "imago" es la que permite al hombre enfrentar, de modo absolutamente distinto, el problema-misterio, según se mire, de la muerte, la cual fundamentalmente está implicada en la respuesta que el hombre teje en el latido de cada presente fugitivo. Y es aquí donde alcanzamos la cuarta modalidad psíquica.

d) La actitud práctica ante la pena (pondus, pensum) de cada día y la tarea de cada hora, íntimamente conectada con la precedente, pues teoría y práctica (action et pensée) van de la mano, mutuamente fecundándose y dinamizándose, depende de múltiples factores más bien espontáneos que entran como dispositivos en la integración de la conducta. Allí se vuelcan especiales factores emergentes del campo situacional cambiante en que se encuentra cada ser humano y en el cual despliega su acción como un resultado del yo-mundo, o sea como un vector de dos grandes sistemas interrelacionados dinámicamente. Juegan allí, las necesidades biológicas *modificadas* según lo vimos arriba, un papel preponderante, conformadas en una totalidad (Gestalt) conforme al designio personal que cada uno se propone —más o menos conscientemente— en la realización de su conducta, o sea en la conformación de su personal historia.

5. — *Función yoica de transcendencia: el amor en la motivación de la conducta*

Hemos empleado continuamente en este trabajo la noción de función de transcendencia y no la hemos fijado conceptualmente, sino operativamente.

Es a mi *modo de pensar*, una noción de grávida significación para el estudio y comprensión de la vida psíquica ya que traduce algo así como una noción primera —primerísima— de la actividad anímica humana (entendida según lo dijimos al comienzo de este trabajo, como *eficaz realidad*). Mediante tal fun-

ción el Yo (Pontifex oppositorum como dirá Szondi, quien ha llevado esta noción a sus consecuencias psíquicas últimas) se torna *capaz* de conocer no sólo sus íntimas y profundas experiencias, con conocimiento no únicamente pasivo, como sujeto de ellas y por tanto como sujeto movilizado; sino también como sujeto que se experiencia, que toma conciencia y posición ante ellas, en forma activa pudiendo *motivar* de modo organizado e integral su actividad total humana.

Gracias a esta función transcendente, el Yo es movilizado por las presiones sociales que lo fuerzan a la adaptación; es impulsado a satisfacer sus ingentes necesidades de placer y de repetición; puede adecuar la situación personal en que se encuentra, disponiendo las incitaciones y exitaciones que obran como móviles de comportamiento, en un esquema referencial que lo lleva a actuar por motivos razonables a la consecución de metas personales que no solo adecúan al régimen consciente ya que tal cosa lo haría una caricatura de la libertad, como en Kiriloff el personaje de *Dostoiéwsky*, sino a la estructura total, al ser-en-el-mundo característico del hombre, el cual lleva en sí el sello de su propio esclarecimiento existencial: la plena posesión —hasta donde es posible en cada presente— de sí mismo; y con ello, al despliegue de una motivación integradora de la actividad oscura de su inconsciente en la luz de un Yo que opta el camino de la libertad auténtica, responsable y amorosa de sí mismo y de los demás. El hombre considerado bajo el registro cosista de la explicación genético-causal es un ser impulsado ciertamente por una energía que se asienta en la estructura físico-molecular del cuerpo que lo "signa", y en este sentido es *simplemente* un animal más o menos compuesto (más preciso que decir, en esta dirección, complejo) pero en el registro simbólico de la comprensión fenoménica, es un *ser creador* que impulsa al mismo tiempo que es impulsado —hacia una perfección creciente de sí mismo y en este sentido es un animal valoriza-

dor, pues haciéndose y satisfaciéndose crea el mundo del espíritu el cual plasma no solo la estructura arquetípica del hombre (determinismo inmanente de la condición biológica del hombre) sino la significación trascendente compleja y simbólica: "*Misterium conjunctionis*".

De esta forma todo el círculo de la conducta humana se mueve entre dos centros de gravitación: el de la *repetición placentera* de los móviles infraconscientes y el de la *autonomía adaptiva* de lo real de los motivos yoicos; pero el *despliegue personal* solo es posible mediante la superación del campo gravitacional hacia la esfera del *valor*, o sea como aquello que siendo importante en sí, según lo intuye el yo, aparece como algo que se quiere alcanzar según lo estima el ser humano total. Y esto solo es posible —como actividad integral del ser-en-el-mundo dentro del ámbito del amor, principio de la relación consigo mismo y con los demás, y por lo mismo principio de la acción humana inmanente (individuación) como trascendente (adaptación) cuyo término es la eficaz *plenitud* de la persona, (síntesis), punto de referencia de todos los ejes de su actividad energética y apertura de toda su proyección simbólica. *El hombre se actualiza —se motiva integralmente— al modo de encarnamiento de su amor*, que le empuja y consume según las vertientes de su dualidad óptica, hacia la confusión y el silencio de la nada, pero también hacia las alturas donde reina el fulgor elocuente del Ser cuyo principio y término es amar con plenitud esencial de existencia. Por ello, pudo escribir *Juan de la Cruz*:

"Oh! llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo
centro!

Pues ya no eres esquiva,
acaba si ya quemas
rompe la tela de este dulce
encuentro".

Este "dulce encuentro" como forma concreta del estar-en-el-mundo, es más

bien un encontrarse, o sea una forma abierta a la comunicación tanto consigo mismo como con el otro; por tal razón forma nunca llevada a su término perfecto, sino como posibilidad del ser-en-el-mundo como ser-para-sí y ser-para-otro, y por lo mismo, ser-para-su-íntima realidad-objetiva: el ser-en-el-Ser y para-el-Ser.

Toda la motivación humana corre entre la *finitud coactiva* y pauperizante del ser-para-sí, como ser-para-nada y la *infinitud expansiva* del ser-para-sí, como ser-para-El-que-Es. Corresponde a la persona inclinar el fiel de su motivación hacia la *chatura* del caos abismal de la nada o hacia la *vertical* hondura del SER. Y entre tanto, ir de un extremo al otro, encontrando y encontrándose la realidad de su contingente existencia, la cual no puede superarse sino reconstituyendo personalmente la Díada amorosa que fue rota *de modo natural* e infraconsciente de una vez y para siempre, al salir del seno materno y emerger de la noche misteriosa del no ser - para comenzar - si quiere y puede por modo integral (natural y espiritual) y consciente, la ascensión personal hacia el SER.

Nostalgia del pasado por la cual suspira el individuo atento a su limitada eficacia en la satisfacción de sus urgentes necesidades naturales y *esperanza* de eternidad por la cual anhela consciente de su profunda y misteriosa actividad personal: Yo-en-y-para-Tí, tales son los polos de motivación humana cuyo presente logrado y nunca perfeccionado es la plenitud *in actu* siempre trascendente.

De ahí que consideremos la conducta humana como la expresión de una motivación continuamente transeúnte.

En el centro de los seres, el Amor —como el fuego— infunde valor y bríos al Yo y al mundo, y los torna objeto de su actividad y término de su operación silenciosa profunda. Así lo expuso el Aquinate "Omnis actio quae procedit ex quacumque passione, procedit ex amore, sicut prima causa"; y más adelante

“odium etiam ex amore causatur”, de donde podemos concluir, también con el doctor insigne “amor, causa omnium quae amans agit”. (S. TK. 1^a 11oe, 9.28 a 6).

Es decir que el amor, según comenta Brennan, es alfa y omega de todos los movimientos de nuestros apetitos.

La estructura natural — o sea aquella que apunta a la realidad (aquí sí en el sentido fisisista) anímico — corporal — de la personalidad humana, se rige — según lo estableció magníficamente Freud, por los *principios de placer* y de *repetición* que gobiernan el psiquismo infantil y *automático del hombre*, que es movido por la libido erótica y agresiva, forma primaria y biológica del amor. Y así viene a coincidir con lo afirmado por el Hiponense: “todas las emociones del alma brotan de la concupiscencia”. De modo que el esquema freudiano del “Complejo de Edipo” tiene en esta área su plena validez, tanto más cuanto que la estructura se encuentre en un período *temprano* de su evolución, o se haya *detenido o regresado* — primordialmente a este tipo primitivo de funcionamiento.

Pero tal enfoque reductivo — aunque legítimo como método investigativo e hipótesis de trabajo — es insuficiente para la comprensión total del trabajo psíquico humano. Pues se hace necesario considerar otras formas del amor cuyos caracteres fenoménicos, no son susceptibles de ser enfocados de modo mecanicista, sino que proceden de los estratos más evolucionados y autónomos de la personalidad, los cuales escapan a lo “natural” en el hombre, pues no se insertan en la conexión natural inmediata *sino en la actividad consciente de identificación y de trascendencia del Yo*, llegando por medio del despliegue volitivo, a un tipo de amor, como opción de libertad y señal de perfección creciente.

Si el amor de afinidad placentera y repetitiva es pulsión ciega en cuanto — por él mismo — busca la intencionalidad inmediata no intelectual; el amor producto del Yo intuyente y trascendente de sí mismo — como su-para-sí y de los

demás — como ser-para-otro; llega a la captación respetuosa (respiscere: ver, mirar) del ser y a echar ligadura de responsabilidad cuidadosa tanto de sí mismo como de los demás, llevándose y llevándolos a la promoción de su vocación fundamental: ser hombre.

Estos aspectos han sido reliveados por las direcciones analíticas de inspiración junguiana, atentas al desarrollo de la psicología profunda *en todas las dimensiones de su evolución histórica*, tanto de orden teórico como práctico. Pues *todas ellas iluminan aspectos muy importantes de la actividad humana*, como formas de su energía “amorosa” y buscan llegar a encontrar la estructura compleja de su motivación profunda, la cual no solo debe entenderse en el sentido *biológico* infraconsciente, sino también en la amplitud expansiva de la *relación inter-humana*: relación que conlleva ciertamente estigmas biológicos humanos, pero también el sello inconfundible de la aspiración *transitiva*, ligando al individuo con la sociedad, según lo acentúa la *psicología dialéctica* de inspiración historicista, conformando una “cultura” en la que ella deja su impronta, y de la cual recibe sus matrices particulares temporales.

Pero aún *chata* sería la estructura de la personalidad, si no hubiera en ella y en la teoría acerca de ella, la exigencia *vertical* que empuja tanto en calidad de “geotropismo negativo” hacia la cima de los valores objetivados por la actividad del hombre, como también suscitada en erección espiritualizante — y profundísima — por la vocación a la conquista de estos valores y a la toma de conciencia de lo que ellos simbolizan.

Y en todos estos aspectos podemos discernir la actividad del amor, como vínculo participativo tanto en el seno de los individuos, como en el de su actividad social y valorativa; y sus vaivenes, de importancia suma, en la conformación del hombre *concreto* que hace más o menos real (eficaz) este vínculo relacional, como del hombre *especie* que se in-

terroga inquietamente, si este mundo es o deviene el amor y en qué forma lo hace.

Así pues la motivación humana es compleja (complejísima); su estudio exige una adecuación metodológica a los riquísimos y variados temas que se expresan en la conducta del hombre considerado en *concreto*, como esta persona aquí y ahora presente, como un *abstrac-*

to, o sea como especie singular de los seres naturales — y su estudio no sería completo si no considera la *intencionalidad* de tan amplia temática cuyos ecos se extienden en todas las direcciones del amor humano, formando calado de contenido y expresión múltiple, según el momento del ser transeúnte que motiva y moviliza en estructura unitaria, su personal conducta.

BIBLIOGRAFIA

A. — FUENTES:

En la Revista de Psicología, Vol. VI, Nº 2, Págs. 181-191, de la Universidad Nacional de Colombia, apareció la bibliografía de las obras de C. G. Jung; el lector puede consultarla.

Recomendamos particularmente *The Collected Works of C. G. Jung*, fuente publicada bajo los auspicios de la Bollingen Foundation, por Pantheon Books en New York y por Routledge and Kegan Paul en Inglaterra.

B. — SUBSIDIOS:

ADLER, G.: Etudes, de psychologie junguienne. Georg. Genève. 1957.

BAUDOIN, C.: De l'instinct a l'esprit. Précis de Psychologie Analytique. Bruges 1950

BAUDOIN, C.: Y-a-il unescience de l'âme? Arthème Fayard. Paris 1956.

BAUDOIN, C.: L'oeuvre de Jung. Payot. Paris 1963.

FORDHAM, F.: Introducción a la psicología de Jung. Alameda. México 1955.

FORDHAM, M.: New developments in Analytical Psychology. Routledge and Kegan London 1957.

GIBB, A. S.: Buscando la salud mental. Editorial Losada. Buenos Aires 1951.

JACOBI, J.: La Psicología de C. G. Jung. Espasa Calpe. Madrid 1963.

JACOBI, J.: Complexe, Archetype, Symbole. Delachaux et Niestlé. Neuchâtel-Paris 1961.

LEPP, I.: Claridades y tinieblas del alma. Ediciones FAX. Madrid 1960.

LEPP, I.: Psicoanálisis del Amor. Carlos Lohlé. Buenos Aires 1960.

PROGOFF, I.: Jung's Psychology and its Social Meaning. Groove Press, New York, 1960.

PROGOFF, I.: Muerte y renacimiento de la Psicología. Libros Básicos. Buenos Aires 1960.

PROGOFF, I.: La Psicología profunda y el hombre moderno. Editorial Psique. Buenos Aires 1961.

SAURI, J.: Introducción general a la PSICOLOGIA PROFUNDA. Carlos Lohlé. Buenos Aires 2 vol., 1962.